



Divertimentos Ecológicos: una Crítica a la Crítica del Ecomodernismo

Número especial: Los Rasgos Imperialistas del Ecomodernismo

Max Ajl

Síntesis

Este artículo analiza críticamente dos corrientes dominantes del pensamiento ecologista contemporáneo —el ecomodernismo del Norte y el decrecimiento/posdesarrollo— y sostiene que ambas conforman una dicotomía simétrica y limitadora. Se argumenta que, a pesar de su aparente oposición, ambas perspectivas comparten puntos ciegos fundamentales: rechazan un análisis de clases a escala global, descartan la necesidad imperiosa de una industrialización soberana y la liberación nacional en la periferia, no reflexionan seriamente sobre la tecnología y abordan de forma insuficiente la realidad sociológica del imperialismo. En consecuencia, ocultan una tradición histórica alternativa del pensamiento marxista del Tercer Mundo. Esta corriente, que ha sido pasada por alto, no abogaba por un rechazo de la modernidad o del desarrollo, sino por un camino soberano y a medida. Abrazaba un compromiso moderado con la tecnología y la industrialización para satisfacer las necesidades básicas, integrando las preocupaciones ecológicas con el antiimperialismo y el desarrollo nacional soberano.



Foto de [Marco Caudillo Morales](#) en [Unsplash](#)

Introducción

En los círculos intelectuales del Norte se fue haciendo cada vez más habitual contrastar dos tendencias dentro del pensamiento ecologista. Por un lado, el ecomodernismo: los problemas sociales y ecológicos pueden resolverse mediante la redistribución, la adopción y la inversión en las mismas tecnologías que proclama la clase capitalista, y el crecimiento, definido como un aumento de las fuerzas productivas, representado aritméticamente por el Producto Interior Bruto. La segunda, el decrecimiento: el Norte debe reducir el uso de recursos —muchos de ellos extraídos del Sur— y alejarse del PIB como medida del progreso. Cada una de ellas, por tanto, apunta hacia trayectorias de desarrollo propias del Sur. La primera tiende hacia una convergencia global a través del crecimiento, reactivando la teoría de la modernización de la Guerra Fría, con un interés meramente superficial por la descolonización o la soberanía estatal. El decrecimiento no tiene una posición uniforme sobre el desarrollo o la soberanía del Tercer Mundo y tiende a una mayor conciencia de la desigualdad en el acceso a los recursos —en menor medida, a la mano de obra—, pero también tiende a mostrarse receloso ante ideas deshistorizadas o esencializadas, además de gigantescas, como el «productivismo», la «modernidad» o el «desarrollo». El recelo hacia el Estado tal y como existe en la realidad es otro leitmotiv.

Este artículo sostiene que estos puntos de vista tienden a reflejarse mutuamente y pueden atrapar a quienes se adentran en el pensamiento ecologista del norte en un laberinto de confusión. En líneas generales, todos ellos rechazan un análisis de clase global, desdeñan los movimientos nacionalistas periféricos, rechazan la industrialización soberana y carecen de un análisis serio de la tecnología. Cada postura, que se refleja en las demás con movimientos inversos, da prioridad a un sector de los trabajadores: el proletariado industrial del norte o los productores primarios de la periferia. Ignoran el antiimperialismo o lo reducen a flujos circulatorios interpretados desde una perspectiva economicista, despojados de la ingeniería política que canaliza dichos flujos. También tienden a eludir la cuestión de la mano de obra global. En el caso del decrecimiento y la nebulosa de corrientes y conceptos con los que a menudo se vincula, se recurre a análisis proto-prebischianos que se centran en el Tercer Mundo como exportador de materias primas que sufre un deterioro de los términos de intercambio y una menor participación en la renta, lo que merma las condiciones para la reproducción social. Es fundamental señalar que estas interpretaciones de la explotación centro-periferia difieren de una concepción sociológica del imperialismo, que en la etapa actual del capitalismo se caracteriza por flujos de valor desde los países subdesarrollados o periféricos hacia los del centro, y que se forja y se refuerza mediante las guerras de invasión —o acumulación primitiva— que garantizan la continuidad de dichos flujos y que siembran el desdesarrollo a gran escala.

¿El resultado? Bloquean en la mente una perspectiva que pretendía integrar las luchas por las condiciones de la reproducción social —contaminación, infraestructuras, gestión de residuos— con las luchas por la liberación nacional. Podemos referirnos a esto como el «espacio problemático» del desarrollo del Tercer Mundo, un hilo conductor que, a su vez, es histórico, programático o aspiracional. Abarcaba la reforma agraria, el antiimperialismo, la industrialización soberana y la satisfacción de las necesidades básicas.

Para aclarar estas cuestiones, el presente artículo se estructura de la siguiente manera. En primer lugar, expone un contexto intelectual y político general para situar las «nuevas» teorías de la ecología política del Norte. A continuación, resume algunas corrientes paradigmáticas del ecomodernismo y del posdesarrollo vagamente asociadas al decrecimiento, incluyendo el colonialismo verde y el anti-extractivismo. Muestra cómo estos no abordan el desarrollo soberano y cómo el análisis crítico se hace eco de esta ausencia. A continuación, ofrece un análisis de clase que pone de relieve el papel de la población rural de subsistencia y semiproletarizada dedicada a la producción de subsistencia y asalariada, el papel de las reservas de mano de obra que constituyen y la importancia asociada del semiproletariado en

la estabilidad y la explotación del capitalismo global. A continuación, vuelve a examinar parte de la literatura árabe y africana que proponía un compromiso moderado con la modernidad, así como enfoques tecnológicos que el marco problemático de la «modernidad» frente al «posdesarrollo» deja fuera de vista. En particular, reconsidera una corriente marxista del «Tercer Mundo» que ha sido ignorada. Esta corriente, que tomó forma y consistencia en las décadas de 1970 y 1980, no rechazaba ni la tecnología importada ni la modernidad, sino que aspiraba a una tecnología popular y soberana a medida —importada, endógena y modificada— al tiempo que establecía los términos de su propia modernidad.

Debates en Ecología Política

El debate político-ecológico contemporáneo en el «núcleo» surgió en un momento imperialista y postsoviético, marcado por el abanico de luchas que fomentaron ciertas corrientes de pensamiento al tiempo que hacían plausibles ciertos borroneos. La más reveladora y menos comentada ha sido la ruptura con el debate medioambiental emergente del Tercer Mundo, que se desarrolló en un mundo iluminado por un desarrollismo amplio y difuso, anclado en la existencia del socialismo real (Declaración de 1974). Las fuentes de luz no eran atmosféricas, sino que irradiaban desde Estados en los que un desarrollismo no comunista —un compromiso con los pobres y con una base industrial nacional— marcaba, aunque también empañaba, las políticas estatales. Las entidades paraestatales, a modo de prismas y espejos más pequeños, reflejaban y refractaban el ambiente general: una CEPAL entonces radical, que se extendía al IDEP y al Foro del Tercer Mundo (Nemchenok, 2013). Y las universidades, incluidas las del Norte, se sintieron atraídas por su resplandor. Al mismo tiempo que surgían, la «cuestión medioambiental» se convirtió en un motivo de preocupación mundial a principios de la década de 1970, a medida que Occidente se mostraba receloso ante la creciente lucha por los términos de intercambio, o su capacidad para garantizar un acceso desproporcionado a la mano de obra y los recursos periféricos (Ahmed, 1981). De repente, se invocó al espíritu errante y cautivo de la burguesía, Malthus, para argumentar que debían imponerse «límites al crecimiento» ante un inminente sobregiro ecológico.

El equilibrio mundial de fuerzas obligó a Occidente a reconocer retóricamente que las preocupaciones ecológicas no debían utilizarse para frenar el desarrollo, y se estableció que la crisis ecológica estaba vinculada tanto a la sobreexplotación de los recursos en los países centrales como a la pobreza en los periféricos (Tilley y Ajl, 2023). Además, se entendió que no era ni posible ni deseable seguir los mismos caminos de desarrollo del Norte. Pensadores de Iberoamérica, el sur de Asia, la región árabe y África navegaron por estas corrientes, sorteando la disyuntiva entre la urgente necesidad de industrializarse y la obligación de atender las necesidades básicas (Leff, 1994; Mora y Peinado, 2021). A menudo, aunque no siempre, China y la experiencia maoísta habían influido en diversos radicalismos (Ajl, 2019; 2025b). Y a menudo, aunque no siempre, aunque ese pensamiento pudiera surgir en espacios no gubernamentales o paragubernamentales, estaba vinculado a proyectos burgueses nacionales y era favorable al antiimperialismo.

La caída de la URSS marcó el inicio de un período de ajuste estructural intelectual, ya que los avances de los años 60 a los 80 quedaron prácticamente borrados de la memoria y, sin duda, del debate académico dominante y crítico. Salvo contadas excepciones, lo que quedó del marxismo en el mundo académico del Norte era eurocéntrico, profesionalizado y economicista. Se alejó del antiimperialismo y del pensamiento de liberación de la periferia. Y cuando gobiernos radicalizados llegaron al poder, desde Venezuela hasta Zimbabue, mostró, en el mejor de los casos, un desinterés tolerante; con mayor frecuencia, desprecio; y, en ocasiones, apoyo a las sanciones «democráticas» (Moyo et al. 2013; Jha et al. 2020). Mientras tanto, a lo largo de la década de los noventa, la cuestión ecológica se convirtió cada vez más

en un motivo de preocupación tanto para las ONG del Sur como del Norte, con demasiada frecuencia al servicio de las agendas de los donantes, hostiles a la liberación nacional y al antiimperialismo.

En este contexto, el resurgimiento del marxismo en Estados Unidos y Europa tras 2008 ha reavivado tendencias eurocéntricas, economicistas y provincianas, que se manifiestan en innumerables aberraciones, desde el cuestionamiento por parte de **New Left Review** del genocidio en la Franja de Gaza, hasta la presentación del «comunismo espacial» como un tema serio de debate radical, pasando por la aceptación o la disputa arcana sobre las guerras de Estados Unidos en Libia y Siria, o la incorporación de tendencias ecologistas radicalmente antimarxistas y anticomunistas, siempre que sirvieran de combustible para operaciones de cambio de régimen contra Estados latinoamericanos, o el menosprecio del papel de la acumulación primitiva a escala mundial en la industrialización europea.

En este contexto, el resurgimiento del marxismo en Estados Unidos y Europa tras 2008 ha reavivado tendencias eurocéntricas, economicistas y provincianas, que se manifiestan en innumerables aberraciones, desde el cuestionamiento por parte de **New Left Review** del genocidio en la Franja de Gaza, hasta la presentación del «comunismo espacial» como un tema serio de debate radical, pasando por la aceptación o la disputa arcana sobre las guerras de Estados Unidos en Libia y Siria, o la incorporación de tendencias ecologistas radicalmente antimarxistas y anticomunistas, siempre que sirvieran de combustible para operaciones de cambio de régimen contra Estados latinoamericanos, o el menosprecio del papel de la acumulación primitiva a escala mundial en la industrialización europea.

En medio de todo ello, el debate ecológico fue cobrando impulso poco a poco, a medida que el clima —una de las facetas de la crisis ecológica— se deterioraba cada vez más. Las variantes maltusianas de la ecología política, las relecturas filológicas de las contribuciones de Marx a la ecología y las relecturas eurocéntricas fundamentalistas han competido con aquellas contribuciones que reafirman la centralidad del intercambio desigual con nuevos niveles de sofisticación empírica (Frame 2022; Hickel et al. 2024; Lemos 2025); intentos de entrelazar «nuevas» cuestiones coloniales y raciales con la ecología (Gill 2021; Tilley 2024; Perry 2025); y la recuperación de tradiciones anteriores (Ajl 2023; García Molinero y Pedregal 2024; Nott 2025b). En este proceso, como señala Prasad (2020, 2026), muchas corrientes dominantes del Norte han tendido a dejar de lado el trabajo y el imperialismo. El ecomodernismo y el posdesarrollo, tal y como se han desarrollado en el centro, no han sido inmunes a estas tendencias.

Ecomodernismo

El ecomodernismo del Norte, al margen de su orientación de clase —por el momento—, es esencialmente una «política del más» basada en el crecimiento, o en el aumento de la disponibilidad general de utilidades (o valores de uso, en un marco marxista), con la utilidad cristalizada en bienes físicos. A través del aumento de la productividad, la prosperidad y el acceso a las utilidades pueden extenderse a escala mundial. Mediante el aumento de la eficiencia ecológica, se puede reducir el impacto sobre el medio ambiente. El eje central del argumento: los cambios propuestos en las fuerzas productivas no reflejan un proyecto social. Son ajenos a las clases que los proponen. Volveremos más adelante a esta noción de neutralidad tecnológica categórica. Dentro de las corrientes ecomodernistas que incorporan hilos marxistas, estas propuestas se vincularían a políticas industriales ecológicas y redistributivas: la socialdemocracia. En este marco, los sectores industriales estratégicos son fundamentales, ya que tienen la capacidad de impulsar la transición ecológica. Evidentemente, estos argumentos difieren de las corrientes más dominantes del norte en materia de ecología política y política climática, vinculadas al ámbito académico y a las ONG. La diferencia fundamental radica en que los primeros productores intelectuales sostienen que la mayoría de los investigadores de la ecología política del Norte —sin tener en

cuenta los debates del Sur— se centran en quienes obtienen su sustento directamente de la tierra, lo que les lleva a preocuparse por cuestiones irrelevantes: «el capitalismo se define en sí mismo por el hecho de que la gran mayoría ya se encuentra desposeída de los medios de producción», por lo tanto, «esa corriente académica se mantuvo en los márgenes y la periferia de la economía mundial» (Huber, 2019).»

Esta corriente del ecomodernismo es, en esencia, un economismo «primermundista» y «obrerista» disfrazado de verde. Esto no se debe a que descarte el ecosocialismo, sino a que afirma que «la definición clásica del proletariado es la de una clase de personas desposeídas de los medios de producción y obligadas a sobrevivir a través del mercado». Por lo tanto, el interés de la clase trabajadora por la ecología surgirá de «una profunda separación de la naturaleza y de los medios de subsistencia» (Huber 2022). En lugar de las luchas de primera línea, la «ecología proletaria» —un neologismo académico de reciente acuñación— y la movilización para garantizar que la naturaleza no humana pueda fomentar el bienestar humano solo surgirán de aquellos que no dependen de ella para su reproducción, mediante la combinación de reformas socialdemócratas con transiciones tecnológicas. Esta posición subjetiva permite una aprehensión «universal» de la crisis: una variación sobre la clase obrera como clase universal.

Críticas

El debate y las críticas en torno a la corriente «ecomodernista» han puesto en tela de juicio su desdén por las luchas de primera línea y, de forma más confusa, su nacionalismo metodológico en lo que respecta a los agentes de la transición. Algunos han argumentado, por ejemplo, que la clase trabajadora según la definición de Huber no tiene nada que ver con la verdadera clase trabajadora «arcoíris», el sujeto (y no una figura mental) del cambio socioecológico. A modo de ejemplo, Lieven señala que su «clase trabajadora es, en gran medida, un concepto abstracto más que personas reales que trabajan y viven en cualquier lugar concreto de Estados Unidos». Entre esas personas, «la raza estructura tanto la sociedad estadounidense como el mundo en general», afianzando las «desigualdades sociales del capitalismo fósil». Según estos argumentos (acertados), el marxismo ecomodernista carece de compromiso con «las luchas de los movimientos liderados por indígenas y personas negras contra las infraestructuras y las industrias de combustibles fósiles», luchas como la de Standing Rock (Levien 2023).

Es evidente que los tratados ecomodernistas adolecen de un análisis de clase deficiente y de un anticapitalismo ciego a las cuestiones raciales que lo acompaña. Y, sin duda, un marxismo antirracista que abrace las luchas por la soberanía de los pueblos indígenas en el núcleo imperial es más plausible que un marxismo que considere esas luchas «marginales»; de hecho, cualquier lucha antisistémica plausible en EUA contaría con un liderazgo negro e indígena, ya sea dentro de un Partido Comunista o a través de organizaciones independientes de liberación nacional dentro de la «cárcel» de las naciones (Estes 2019). Sin embargo, estas críticas tienen la función de la lucha libre profesional: son combates amañados en los que está claro que un bando va a ganar (ha habido críticas más serias: Heron 2022; LaVenía Jr. y Busk 2024). Tienen otra función paralela: atraen la atención. Y es que sustituir un marxismo ciego a la raza y al género por un marxismo antirracista metodológicamente nacionalista y presentar el imperialismo como la «interacción del racismo y la dominación de género dentro del capitalismo» supone solo una pequeña mejora (otra crítica no llega tan lejos, ensalzando el marxismo ecomodernista por su «énfasis en el capitalismo y la clase trabajadora» —un capitalismo, como el de Lieven, desprovisto de intercambio desigual, reservas de mano de obra y guerras de despoblación) (Maher y McEvoy 2023).

Problemas del ecomodernismo

Es evidente que la ligereza con la que el ecomodernismo descarta a tantos sectores de la población mundial dista mucho de ser una ciencia social legítima, pero demostrar esto requiere algo más que gestos frívolos y casi vacíos hacia los marxismos del Tercer Mundo. Para empezar, las críticas del ecomodernismo, que se plasman en metáforas espaciales sobre «márgenes» y «periferias», se expresan, en el mejor de los casos, en términos de valor de cambio en lugar de valor de uso, y adolecen de ceguera sociológica. El valor total relativamente reducido de la producción agrícola en comparación con la producción total está vinculado a la contención global de los precios de muchos productos agrícolas —el cacao, el azafrán y el café, que no se pueden cultivar en el Norte ni sustituir fácilmente por productos similares— y, a su vez, a la baja remuneración del trabajo agrícola en el Tercer Mundo e incluso en el Primer Mundo, ya que la producción de subsistencia y doméstica proporciona una «subvención oculta» que forma parte integrante de la relación salarial, y porque los bajos precios son inseparables de una historia violenta de supresión salarial y subdesarrollo forzado (Deere 1976; Dunaway 2013). Lo mismo se aplica a quienes se encuentran en los «márgenes» de la producción en lo que respecta al coltán y al cobalto —quizá menos «marginales» desde una perspectiva de la ingeniería, ya que no existen sustitutos para estos metales, que desde una perspectiva que califica de marginal la superexplotación de los africanos inducida por el imperialismo por el mero hecho de ser pequeños—. Además, la semiproletarización generalizada implica que gran parte de las necesidades de subsistencia se cubren al margen del sistema de precios. Estos esfuerzos, expresados en términos de precios, aumentarían el porcentaje del PIB correspondiente a la agricultura u otros «sectores marginales» (Ossome y Naidu, 2021; Rignall, 2021; Yeros, 2023).

Además, la producción de subsistencia periférica, la autoexplotación, la superexplotación y el daño al medio ambiente —necesario para el desarrollo humano— forman parte integrante de la contención salarial a través de las reservas de mano de obra. El aumento del ejército de reserva de mano de obra en la periferia reduce las presiones inflacionistas impulsadas por los salarios (Amin, 1977; Patnaik y Patnaik, 2021). Y esas grandes reservas, a su vez, se sustentan en todo tipo de formas de trabajo «marginal», mal remunerado y degradado. A su vez, las estructuras agrarias desiguales son fundamentales para la creación de reservas de mano de obra y parecen activar rápidamente los mecanismos de defensa armados o económicos del imperialismo contemporáneo: Zimbabue fue sometido a un bloqueo económico y a un asedio principalmente debido a la reforma agraria que destruyó el sistema de tenencia de la tierra de los colonos blancos capitalistas (Moyo, 2011). Por último, las guerras, esas masas continentales aparentemente desconocidas, que no aparecen señaladas ni en los mapas ecomodernistas ni en demasiados mapas del decrecimiento, sacrifican a los Estados que buscan absorber las reservas de mano de obra, afianzan las tendencias neoliberales mediante sanciones, evaporan la propia capacidad del Estado o provocan un gasto generalizado en seguridad, cerrando el espacio para las alternativas (Matar y Kadri 2018; Mullin 2023; Doutaghi 2024).

Los conceptos formales del ecomodernismo tampoco resisten el más mínimo análisis. Definir «la vida de la clase trabajadora bajo el capitalismo como una alienación y una falta de control sobre las condiciones ecológicas de la existencia» es, en el mejor de los casos, eludir la cuestión, y difícilmente constituye un retrato fiel de la clase trabajadora mundial, que con gran frecuencia mantiene un vínculo con el campo, ya sea directamente o a través de estructuras familiares extensas (Yeros 2023). Siendo así, la capacidad del ecosistema para producir bienes primarios es un imperativo para el desarrollo. Además, afirmar que «el principal obstáculo para la supervivencia de la clase trabajadora no tiene nada que ver con su hábitat inmediato» solo es parcialmente cierto, y solo para una parte de la clase trabajadora, tal y como la define el ecomodernismo. Dista mucho de ser cierto para la abrumadora mayoría de las personas más pobres del planeta —teniendo en cuenta que el campo es más pobre que las ciudades—. Porque resulta extraño argumentar que los problemas de contaminación, deslizamientos de tierra e inundaciones vinculados al subdesarrollo y al desarreglo imperialistas en Caracas y Derna «no tienen nada que ver con el hábitat inmediato» de la

clase trabajadora. Por último, aunque las amenazas relacionadas con la falta de acceso a las necesidades básicas son tan «reales» como la contaminación o el despojo de tierras», «incluirlas como parte de... los intereses medioambientales» no es más que un juego de palabras. El acceso a las necesidades básicas mediante la desmercantilización es diferente de restablecer el acceso a la tierra mediante la reforma agraria (señalada en el mapa de esta tendencia —que no parece extenderse más allá de Europa y EUA— con una inscripción en alfabeto latino que reza: «Aquí hay dragones»), y no es lo mismo que las fábricas que arrojan fosfogipsa al aire sobre bloques de viviendas de hormigón.

Desestimar el interés por movimientos como el anticuarianismo o equiparar al semiproletariado global con los pueblos indígenas y tacharlo de «obsesión romántica» denota falta de seriedad y ofrece una visión estrecha, economicista y eurocéntrica de la acumulación global (Huber 2025). Y es que simplemente no se toma en serio la magnitud de los seres humanos que se dedican a la producción primaria ni la necesidad de que cualquier transición los sitúe en el centro de la escena, tanto desde el punto de vista del desarrollo como desde el político: el eslabón débil, aquellos menos integrados en la sociedad civil «global».

Es significativo que dos de los principales y recientes temblores geopolíticos hayan procedido de quienes se enfrentan a la opresión de la acumulación primitiva colonial-capitalista e imperialista, y que no han podido integrarse en el capitalismo «productivo» global: la población de la Franja de Gaza y la de Saada, el norte y todo el Yemen, un lumpenproletariado sumido en la pobreza extrema. Además, a pesar del supuesto carácter anticuado de la cuestión agraria, casi todas las fuerzas antisistémicas que han llegado al poder en los últimos 30 años han centrado su acción en la reforma agraria. El conflicto geopolíticamente más explosivo del mundo actual es, con diferencia, la defensa por parte de EUA y la UE del capitalismo colonizador en Palestina, ya que siembran crisis de legitimidad a escala mundial para impedir la liberación y el retorno de los palestinos (Ajl 2024a, 2024b).

Las raíces del antidesarrollismo

Dicho esto, a menos que uno esté interesado únicamente en el equivalente intelectual de la lucha libre profesional, sería irresponsable no tomarse en serio una de las pequeñas observaciones de Huber: la literatura reciente sobre ecología política suele ignorar de forma programática a quienes no pertenecen a los sectores de la agricultura, la minería y la energía, y a menudo no ha tenido suficientemente en cuenta qué tipo de alternativa emancipadora es posible para un mundo que, aunque sigue siendo muy rural, también sigue siendo muy urbano. ¿Acaso es erróneo afirmar que el trabajo por la justicia climática se centra en «los medios de vida... las comunidades que, en cierta medida, obtenían su sustento directamente de la tierra», centrándose en «el despojo de las comunidades locales de sus estrategias tradicionales de subsistencia» y en «las comunidades marginadas de “primera línea” como actores clave en la lucha climática»? (Huber 2019). De hecho, mientras que el ecomodernismo se obsesiona, como un caballo con anteojeras, con ese tema recalcitrante de la revolución comunista —el proletariado industrial del Primer Mundo—, las corrientes dominantes de la ecología política se centran en quienes se enfrentan directamente al despojo. Aunque son estos últimos, y no los primeros, los que tienen un mayor potencial antisistémico, incluso cuando se unen, a menudo se omite algo importante. En concreto, ambas evitan un análisis de clase de un semiproletariado muy amplio que se extiende tanto por el campo como por la ciudad, entretejido de forma irregular en el tejido productivo nacional y global, y carecen de una concepción seria —de hecho, rechazan por principio— la idea de un desarrollo alternativo que pudiera abordar simultáneamente los problemas relacionados con las reservas de mano de obra y la industrialización.

A su vez, podemos trazar una tenue línea de conexión entre estas lagunas y la tendencia antidesarrollista más amplia presente en algunas corrientes recientes de la ecología política más populares y, por lo general, del norte, una raíz fundamental de estos debates, incluido el malestar del decrecimiento ante la industrialización: la fuente de las

caricaturas del ecomodernismo, pero, lo que es más importante —puesto que enzarzarse en discusiones con académicos ineptos no resulta productivo—, la fuente de ese excesivo enfoque de parte de la ecología política del norte en determinadas luchas, hasta el punto de no ser capaz de abordar seriamente una planificación emancipadora más amplia.

Una figura importante en este sentido ha sido Arturo Escobar, cuyo trabajo abarcó un amplio espectro en lo que respecta a conceptos como «desarrollo» o «modernidad». Realizó varias aportaciones fundamentales que han sido ampliamente retomadas, aunque más tarde se distanciaría parcialmente de sus posiciones más extremas. En primer lugar, se refirió al «desarrollismo burdo e imprudente que caracterizó el período posterior a la Segunda Guerra Mundial». Frente a este panorama, argumentó que «los pobres intentan defender sus entornos naturales», una lucha interminable contra la acumulación primitiva (Escobar 1996: 56). Desde un punto de vista programático, Escobar se inspiró en el ecologista Enrique Leff, quien desarrolló un «lenguaje de autoafirmación transformadora» y abogó por «la democracia medioambiental, la descentralización económica y el pluralismo cultural y político» (Escobar 1996: 61) (cabe destacar que se ignora por completo el llamamiento de Leff a favor de un tejido industrial centralizado donde fuera necesario y descentralizado donde fuera necesario). Por otra parte, Escobar abogó por movimientos descentralizados para crear «pequeños mundos», en oposición a un modelo jerárquico y homogeneizador (2020). Estos mundos estarían marcados por la «diferencia» y se movilizarían políticamente a través de la lucha por el derecho a vivir de forma diferente (Escobar 2020: 276, 283). Esto condujo a la defensa de la «cosmovisión», una «afirmación del ser», junto con el derecho a construir una visión «autónoma» del desarrollo, basada en su propia «cultura y formas tradicionales de producción y organización social» (Escobar 2020: 223).

Estas afirmaciones plantean una serie de cuestiones. En primer lugar, el análisis de Escobar se presenta como un rechazo, no como un análisis crítico: «El marxismo no se desenvolvía muy bien a la hora de abordar la naturaleza» (Escobar 2020: 8). En lo que respecta al socialismo realmente existente, esta afirmación es poco sólida. La Rusia soviética experimentó avances revolucionarios en la ciencia del suelo y la agrosilvicultura, y la China maoísta abrió nuevos caminos con la construcción de terrazas a gran escala, la gestión integrada de plagas y los abonos verdes. La Nicaragua revolucionaria aplicó la reforestación y redujo el uso de pesticidas, y la Cuba comunista ha liderado el mundo en vermicultura, restauración de suelos, formas avanzadas de agroecología e hidroponía sostenible. Podemos mencionar, además, la agronomía revolucionaria de Amílcar Cabral, que relacionaba los monocultivos coloniales-capitalistas de cacahuete con la erosión social, y el argumento de Thomas Sankara de que el imperialismo estaba provocando el incendio de los bosques de Burkina Faso (Martinho 2023). Podemos añadir el legado norteafricano de tecnología combinada y adecuada, así como la innovación protoagroecológica en los ámbitos de las semillas y la hidráulica, inspirándose en el ejemplo chino. Además, una amplia corriente del marxismo ecológico se ha comprometido seriamente con la naturaleza, desde Marie Mies hasta John Bellamy Foster y James O'Connor.

En segundo lugar, Escobar plantea una crítica difusa no solo a la corriente dominante, sino también a la «desvinculación» y la «acumulación autocéntrica» de Amin, respaldándolas como útiles «a nivel macroeconómico y político», pero advirtiendo que están «redactadas desde un enfoque universalista y una epistemología realista», y que la práctica no debería orientarse hacia «régimenes más saludables de acumulación y desarrollo», como defendía Amin, «sino a proporcionar condiciones más propicias para experimentos locales y regionales basados en modelos autónomos (híbridos)» (Escobar 1995: 100). Por un lado, las mejoras en las vidas de la clase obrera y el campesinado bajo Estados «desarrollistas» como el Egipto de Nasser o la India de Nehru se presentan como indistinguibles de la industrialización neofascista orientada a la exportación en Brasil, acompañada de la superexplotación del proletariado industrial, algo que Escobar reconoció tardíamente. Por otro lado, el rechazo de la «epistemología realista» resulta curioso, dada la falta

de claridad en torno al significado del término. El realismo crítico, sin embargo, es la base de un proyecto de planificación, y no hay nada en la naturaleza del realismo o de la planificación que impida tratar de comprender y abordar los intereses y necesidades expresados a través de instituciones que sean centralizadas cuando sea necesario y descentralizadas cuando sea necesario. Tampoco está claro —ni se ha aclarado— cómo el discurso de la autonomía y la hibridación abordaría las reivindicaciones de industrialización soberana y autodefensa. Y es que «autonomía» no significa en absoluto que uno vaya a ser dejado en paz: la historia de la acumulación primitiva demuestra precisamente lo contrario. Es muy posible que los «experimentos locales y regionales» necesiten el marco político y militarizado de un Estado-nación centralizado para evitar su erradicación y garantizar su prosperidad.

Aun así, tanto Escobar en su momento como sus epígonos actuales tienen razón en una cosa: lidiar con quienes se dedican a la producción primaria y están acostumbrados a formas de organización social que son subóptimas desde el punto de vista de la «productividad» ha supuesto un lastre para los gobiernos desarrollistas y nacionalistas de izquierda de todo el mundo, especialmente en los últimos tiempos. Fundamentalmente, garantizar un excedente para la acumulación primaria no es una tarea fácil cuando no puede exportarse mediante holocaustos coloniales y la trata de esclavos. Han sido los pobres, normalmente los pobres rurales, quienes han soportado esta carga, lo que ha planteado la cuestión de las diferentes necesidades y los distintos tipos de inserción en una formación social nacional. Y esto ha incluido a menudo, no sin resistencia, innumerables degradaciones de la ecología en la que vive la gente (Gill 2024). Y no cabe duda de que esto crea una «diferencia» que constituye un punto de partida para la política. Pero reificar la diferencia va en contra de la posibilidad de unificar a las clases populares —indígenas, mujeres, campesinos, habitantes de barrios marginales— del Tercer Mundo. Además, puede justificar la sugerencia de que algunas personas simplemente no deseen acceder a la medicina moderna que salva vidas, lo que serviría para justificar el desmantelamiento de los sistemas de sanidad universal. Por otra parte, se puede respetar la diferencia —y el derecho a vivir de forma diferente— sin rechazar la idea de los Estados como espacios donde se media la diferencia. A modo de ejemplo, no hace falta decir que una comunidad que vive cerca de una mina y una comunidad que podría beneficiarse de los ingresos procedentes de las exportaciones de materias primas presentan diferencias evidentes. Rechazar cualquier proyecto que pretenda mediar y equilibrar esas diferencias equivale a rechazar la unidad y los proyectos unificadores en general.

En este sentido, la literatura «extractivista» ha destacado acertadamente los perjuicios sufridos por los grupos periféricos «en primera línea», pero ha sido mucho menos eficaz a la hora de situar dichos perjuicios en su contexto. En este sentido, la crítica al extractivismo no pretende desplazar ni rechazar la crítica a los proyectos de extracción en la historia latinoamericana, tanto histórica como contemporánea, sino debatir cómo se han presentado para el consumo académico del Norte de formas perjudiciales para proyectos emancipadores más amplios y arrojar luz sobre sus puntos ciegos.

Para aclarar estas maniobras, veamos cómo Maristella Svampa, Alberto Acosta y otros que se presentan como defensores de los movimientos «territoriales» repiten los gestos de Escobar. Desde esta posición, se sostiene que la «izquierda» se ha resistido a las críticas al paradigma «productivista» —un término que tiende a difuminar la especificidad de la crítica— y se muestra reacia a aclarar su propia postura o a llegar a conclusiones claras: ¿puede alguien afirmar que las fuerzas productivas de la industrialización nacional son suficientes para una transición igualitaria, por ejemplo, en Iberoamérica? De hecho, Svampa sostiene que la izquierda latinoamericana se ha dejado embriagar por «la ideología del progreso y la confianza en la expansión de las fuerzas productivas»; ¿qué significaría una asimilación más sobria de estas ideologías? (Svampa 2015: 71). Pero, ¿hay alguna razón por la que Iberoamérica no deba tener una industrialización soberana, sus propias industrias de máquinas-herramienta y fabricar su propio tren de alta velocidad?

¿Debería importarse esa tecnología para siempre? ¿Y es que esas cosas —posiblemente mecanismos para una mayor autonomía— pisotean la «diferencia»?

Svampa sostiene a continuación que «el Gobierno boliviano ha intensificado ahora su discurso a favor de la industrialización», vinculando la industrialización a proyectos de exportación de recursos con un alto uso de capital, y afirma, dejando de lado la retórica, que «los gobiernos progresistas han aceptado la división internacional que ha marcado al continente desde la época colonial» (Svampa 2012). Aquí cabe señalar una tensión: por un lado, se menosprecia a los Estados «extractivistas» latinoamericanos por estar sometidos a visiones productivistas de la industrialización nacional; por otro, se les acusa de no haber industrializado adecuadamente y de haber vuelto a la división internacional clásica del trabajo (mientras tanto, los principales períodos de industrialización de Brasil y Argentina tuvieron lugar bajo dictaduras neofascistas, y la desindustrialización no comenzó con China y el «consenso de las materias primas», sino con la caída de la Unión Soviética y el avance del neoliberalismo global) (Marini 1973). Además, se han esbozado de forma insuficiente las limitaciones generales debidas a «la hegemonía de las finanzas globalizadas» (Patnaik 2025). Tales incoherencias, interpretaciones erróneas y contradicciones no nos ayudan a comprender: ¿qué es una alternativa emancipadora, cuáles son sus costes y beneficios, y cómo lograrla? Además, estas propuestas eluden las dificultades que incluso Estados-nación latinoamericanos más grandes, como Brasil, han tenido para forjar una nueva política industrial, dejando de lado la dificultad de la planificación y las enormes dificultades de la reindustrialización —por no hablar de la industrialización soberana— cuando los horizontes de planificación se ven obstaculizados por la interferencia imperialista, que obliga a hacer un énfasis masivo en los bienes de consumo para mantener el apoyo popular.

Estos hechos siguen ausentes de dicho discurso —una ceguera ante el imperialismo que, sin duda, comparten los ecomodernistas—. La única referencia de Svampa al imperialismo es el «subimperialismo brasileño», una distorsión radical del concepto de Ruy Mauro Marini, quien vinculaba la búsqueda de mercados de exportación por parte del capital monopolista local —en el contexto de la superexplotación interna— con la alianza política con el imperialismo estadounidense. De hecho, bajo el mandato de Lula en Brasil, los pobres vieron aumentar sus ingresos, junto con una política exterior que, aunque deficiente en comparación con la de Cuba o Venezuela, ciertamente no estaba totalmente alineada con la agenda estadounidense.

La cuestión de la industrialización, o incluso la naturaleza del tejido industrial periférico, constituye un punto débil recurrente. Aunque estos marcos de referencia rara vez lo afirman abiertamente, al menos dan a entender que el extractivismo explica la mayor parte de la evolución de las sociedades latinoamericanas. A continuación, encajan con diagnósticos que insinúan que podemos reducir la formación de clases en el Tercer Mundo a quienes sufren la extracción o la acumulación primitiva de su entorno. Estos marcos se ven, pues, viciados por el predominio de una imaginación folclórica que transforma a África, Iberoamérica y la región árabe-iraní en zonas que sufren formas de extracción primaria directa, el saqueo de sus tierras y minas a través de «vetas abiertas». Una variante de esta miopía afirma, al igual que Alberto Acosta, que hay países del Tercer Mundo que «son pobres porque son ricos en recursos naturales» —a pesar de que Canadá y Australia, y de hecho Botsuana, son países ricos, o al menos en desarrollo, y muy ricos en recursos naturales (Acosta 2013: 71).¹ Se trata, pues, básicamente de simples repeticiones de la tesis de Prebisch, centradas en el deterioro de los términos de intercambio de las materias primas frente a los productos industriales (Ajl 2024c). Incluso en la época de Prebisch, aunque su argumento era esencialmente correcto para una amplia gama de productos en los que se centraba, este fetichismo de la materia prima no puede explicar el desarrollo impulsado por los productos básicos, el uso de los cereales como arma política y el predominio del control del Primer

Mundo sobre los mercados de exportación de cereales, ni el hecho de que ciertas clases de madera sufran un deterioro de los términos de intercambio y otras no, como señaló Emmanuel (1972).

En segundo lugar, los gobiernos dentro de un sistema capitalista neoliberal deben encontrar un equilibrio entre las necesidades básicas a corto plazo de sus poblaciones, la necesidad, a corto y largo plazo, de un medio ambiente limpio para garantizar la salud básica de las clases populares, y la necesidad, a medio y largo plazo, de mejorar las fuerzas productivas con el fin de asegurar el acceso permanente de la población a los valores de uso y de blindarse contra el imperialismo —industrialización con valor añadido, importación y endogenización de máquinas-herramienta y formas superiores de tecnología industrial, e industrialización defensiva—. El equilibrio entre estas necesidades puede esbozarse teóricamente, pero llevarlo a la práctica siempre implicará sufrimiento directo, desplazamiento o sacrificio. Sin embargo, incluso en ese caso, el enfoque ha sido miope: la literatura sobre el extractivismo ha evitado poner de relieve otros aspectos de las formaciones sociales y no ha sido de gran ayuda a la hora de concebir vías alternativas.

Podemos centrarnos en la agricultura y la minería sin confundir el presente con el pasado. Sin embargo, transformar mentalmente el Tercer Mundo en una mina y una plantación, excavando y cultivando para la exportación, genera dos distorsiones. En primer lugar, separa la función de las reservas de mano de obra y la función de reproducción social de la producción primaria de la contención salarial en la periferia y su relación con las transferencias de valor de la periferia al centro, tal y como han señalado Ossome y Naidu (2021), que se han centrado en el papel de las mujeres en la producción primaria y la reproducción social en la periferia. Por su parte, los Patnaik vinculan la cesta de la compra de la aristocracia obrera del norte con la acumulación primitiva en el Sur y la deflación de los ingresos, con el fin de destinar tierras de cultivo a productos de exportación que no pueden producirse durante los inviernos del norte.

La segunda distorsión es de carácter prescriptivo: evoca una visión de la transformación centrada en el sector primario, resucitando, de forma consciente o inconsciente, un espectro tras otro: los planes de desarrollo coloniales, los modelos de «sector dual» —uno de baja productividad y otro de alta productividad—, la sucesión de programas de desarrollo rural, el PDRI a escala mundial, los idilios con la «tecnología indígena» y los coqueteos con la idea de reducir el desarrollo y los conjuntos tecnológicos a la «tecnología apropiada».

Además, estas tesis sobre el «colonialismo verde» teorizan de forma inadecuada sobre la forma política de la explotación: neocolonial, no colonial. Tachar a los Estados soberanos de «coloniales» pasa por alto los logros de las luchas anticoloniales a la hora de poner fin a las hambrunas y los genocidios coloniales, o el hecho de que la agenda del Estado estadounidense consiste precisamente en la erradicación de la soberanía estatal, desde Haití hasta Siria (Tornel y Dunlap, 2025). Además, interpretan erróneamente los impactos ecológicos del neocolonialismo, que golpean duramente a las comunidades más expuestas, pero que también se extienden por todas las formaciones sociales del Tercer Mundo a través de la destrucción de la «naturaleza socialmente útil» necesaria para el bienestar de las clases populares, desde los desastres socio-naturales hasta la falta de inversión en infraestructuras sanitarias (Prasad, 2019). Por último, interpretan erróneamente el imperialismo contemporáneo. Y es que las economías del Tercer Mundo han sufrido cambios masivos en los últimos 50 años. Ya no son meros exportadores de materias primas, sino que se ven subcontratadas para la producción industrial de bajo valor añadido, desde el montaje hasta el sector textil. También se integran en la división internacional del trabajo como proveedores de servicios —centros de atención telefónica— y exportadores de mano de obra cualificada: enfermeras, médicos e ingenieros, basándose en la exportación de los frutos del trabajo social de la periferia. El énfasis en la «reprimarización» es exagerado incluso en el caso arquetípico de Iberoamérica. Cuando se aplica a la región árabe, distorsiona gravemente la naturaleza de las formaciones sociales regionales.

Por decreto, tras haber eliminado las pluralidades o mayorías de las formaciones sociales del Tercer Mundo, las soluciones propuestas resultan, en general, inadecuadas con respecto a la variedad de necesidades periféricas. Tengamos en cuenta que las propuestas de Svampa incluyen

...una perspectiva medioambiental integral que hace hincapié en la idea del Buen Vivir; una perspectiva indígena y comunitarista; una perspectiva ecofeminista centrada en la economía del cuidado y la lucha contra el patriarcado; y una posición ecoterritorial vinculada a los movimientos sociales que han desarrollado una gramática política basada en las ideas de justicia medioambiental, bienes comunes, territorio, soberanía alimentaria y buen vivir (Svampa 2012).

Son buenas ideas. Pero, ¿implican renunciar a una infraestructura eléctrica y sanitaria moderna, a las carreteras, al transporte público industrializado y a una base tecnológica soberana? Llama la atención que Svampa —quien rechaza un análisis marxista del trabajo alienado bajo el capitalismo, no tiene interés alguno en el comunismo como horizonte alternativo, se distancia claramente de la izquierda «tradicional» de Iberoamérica y se abstiene de abordar la industrialización— se apoye en gran medida en Franz Hinkelammert, quien había «desarrollado criterios para lo que él denomina “una economía para la vida” con el fin de construir una alternativa». De hecho, Hinkelammert era un teólogo de la liberación marxista influenciado por la teoría de la dependencia que abogaba por «poner la tecnología moderna al servicio de la satisfacción de las necesidades humanas», en el marco de «otro tipo de desarrollo» (Hinkelammert 2005: 803). Abrazó la modernidad, la maquinaria y el desarrollo según los términos del Sur. Parece una decisión interpretativa extraña —que no se sostendría tras una lectura atenta— extraer de su clara aceptación de la modernidad industrial el humanismo difuso de una «economía de la vida».

Además, resulta sorprendente que, tras quince años de debate sobre el «extractivismo», sus defensores no hayan ofrecido ninguna visión real ni marcos de referencia sobre las formaciones sociales «posextractivistas», ni hayan explicado qué tipo de aparato productivo podría ofrecer emancipación y satisfacer las necesidades básicas de las naciones sobre las que han escrito, ni hayan aportado claridad alguna sobre la industrialización y su papel en los futuros de las regiones periféricas. Las referencias a la «reciprocidad y la redistribución» y a la «economía social y solidaria» eluden el hecho de que la propiedad privada de los medios de producción existentes impide satisfacer las necesidades básicas, así como una cuestión muy fundamental sobre el tejido productivo real: ¿hay suficiente? (Svampa 2019: 52).

En efecto, aunque esta literatura se escuda en denuncias sobre cómo los gobiernos latinoamericanos destacan la financiación de la UE y EU de gran parte del discurso sobre el extractivismo —un hecho que estos intelectuales no niegan—, acaba adoptando parte de la retórica de la derecha latinoamericana y del Estado estadounidense, lo que contribuye a allanar el camino para el resurgimiento de la derecha respaldado por EU mediante la demonización de los gobiernos latinoamericanos, tachándolos de albergar un «dispositivo jerárquico, autoritario e incluso militarista» (Brand et al. 2016: 148).

Even if much of the “extractivism” literature had not cast a black pall over the national-popular governments of Latin America, they also may be questioned on other grounds. If much discussion of “post-development,” “anti-extractivism,” and “green colonialism” has distorted or selectively analysed Third World social formations, propounded a fragmentary notion of modern neo-colonialism, and urged what are too often folkloric, antiquarian, and often romantic imaginaries of utopia, we may wonder whether imperialism is threatened by a vision of post-development which does not engage industrialisation and self-defence as part of national liberation, or whether such a vision can clearly engage with the

basic needs of entire Third World social formations, many of whom, as in Latin America or the Arab region, are majority urbanised.

Esto no debe interpretarse como algo antagónico respecto a los sujetos sociales a los que se refieren estos autores, y menos aún respecto a ejes políticos como la soberanía alimentaria —superar la restricción de los cereales alimenticios, una agricultura orientada al mercado interno y la reforma agraria—, aunque este último término se omite a menudo en medio de la creciente «ONGización» del discurso sobre la soberanía alimentaria. La «recampesinización» es un eje necesario en las plataformas de desarrollo, junto con la presencia de una reforma agraria disruptiva y redistributiva que transforme las relaciones sociales rurales. Lo primero se produjo en mayor medida en Zimbabue y, en menor medida, en los procesos de cambio agrario de Brasil, Nicaragua y Venezuela. Empero, a pesar de todo ello, la cuestión agraria no puede separarse de un programa de desarrollo nacional soberano y emancipador que tenga en cuenta las cuestiones de género y ecológicas y ponga la industria al servicio de la agricultura, en lugar de adoptar una postura agnóstica respecto a la industrialización.

¿«Postdesarrollo» u «otro desarrollo»?

El «postdesarrollo» surgió casi de forma subrepticia, sustituyendo a las nociones anteriores de «otro desarrollo» o «desarrollo alternativo». Aunque estos dos últimos términos tenían un alcance amplio, solían abarcar la reforma agraria, la industrialización soberana, la satisfacción de las necesidades básicas de los pobres y, muy a menudo, el uso de tecnologías «suaves». Los desacuerdos se centraban en el ritmo y las técnicas de la industrialización, la atención relativa que se prestaba a la ecología y al género, y quizás el lugar que ocupaba la propiedad privada en una transición nacional que, en efecto, seguía teniendo como objetivo cambiar quién poseía qué: las relaciones de propiedad social. Esa literatura, marxista o de otro tipo, dialogaba sin duda con el pensamiento marxista y los partidos comunistas, aprendía de las experiencias de desarrollo socialista y no se andaba con rodeos a la hora de formular críticas generales al desarrollo o a la modernidad.

La literatura sobre el «posdesarrollo» o las «alternativas al desarrollo» se sitúa en un plano diferente. En ocasiones se recurre a la economía política marxista, pero diluida con el posestructuralismo, los estudios sobre ciencia y tecnología, y una hostilidad predominante hacia el marxismo por considerar que encierra «formas de universalismo que transmitían el atractivo de utopías seculares construidas con racionalidad e ilustración», junto con el desprecio hacia «el desarrollo [como] modernidad» (Peet y Hartwick, 2015). En efecto, esta literatura reduce la modernidad a su aplicación específicamente occidental vinculada al capitalismo, y entiende el racionalismo como algo necesariamente atrapado en la historia de su mal uso. Curiosamente, estas decisiones interpretativas no se aplican necesariamente, o solo lo hacen parcialmente, a otros campos del conocimiento: ¿debemos rechazar las matemáticas modernas porque gran parte de su desarrollo tuvo lugar en el seno de las formaciones sociales europeas racistas, coloniales y capitalistas?

Para aclarar lo que está en juego en el debate sobre la modernidad, comencemos con una reformulación más amplia de algunas posturas clásicas respecto a la racionalidad y la modernidad, surgidas en el apogeo de los movimientos nacionales. Como señala el historiador intelectual egipcio-palestino Zeyad El Nabolsy, la adopción de la modernidad y la racionalidad (que no debe confundirse con su uso como mecanismos de dominación imperial) fue un pilar del pensamiento de la liberación nacional africana:

Este compromiso con la razón (y, por consiguiente, con la ciencia) como fuente primaria de justificación normativa también es evidente en el enfoque de Cabral respecto a la construcción de una cultura nacional moderna en Guinea-Bissau y Cabo Verde... En el contexto del discurso filosófico de la modernidad también existe

la idea de que la ciencia libera a los seres humanos en la medida en que desencanta la naturaleza... Cabral suscribía esta tesis... [añadiendo que Cabral creía que] los individuos y las sociedades que creen en el progreso como ideal normativo están orientados principalmente hacia el futuro, en el sentido de que buscan conscientemente cambiar su entorno social para mejor (Nabolsy 2019: 4).

En efecto, este sentido de la modernidad estaba profundamente ligado a la autonomía (véase Nott 2025a). Como argumentó Samir Amin, «la modernidad se construye sobre el principio de que los seres humanos, tanto a nivel individual como colectivo (es decir, las sociedades), forjan su propia historia». Ni la modernidad ni la autonomía podían alcanzarse o consumarse de forma significativa bajo el capitalismo, el colonialismo o el imperialismo (Amin 1989: 7). Es decir, el mero hecho de que la razón, el progreso y el discurso filosófico de la modernidad se utilizaran para intentar justificar las plantaciones esclavistas no significa que haya que abandonarlos, del mismo modo que no se abandonarían las matemáticas por el hecho de que se utilizaran para calcular la riqueza de los esclavistas.

El planificador Ismail-Sabri Abdallah aborda esta cuestión desde múltiples perspectivas, basándose en Mao, Cabral y Fanon en un análisis de la relación entre la planificación del desarrollo y el crecimiento, de cada uno de ellos con la innovación tecnológica, y de todos ellos con la creación de una cultura nacional dinámica. Abdallah defendió «el desarrollo como un proceso de cambio global en el que el crecimiento económico es un componente fundamental...», y señaló que dicho crecimiento podía desglosarse o diferenciarse: la industria, por ejemplo, puede crecer en diferentes direcciones y orientarse hacia «las necesidades básicas de la mayoría, la búsqueda de la autosuficiencia y la afirmación de la identidad cultural» (Abdallah 1977a: 7-8). Para Abdallah, esto implicaba el «derecho a ser diferente», lo cual tenía un significado específico en lo que respecta a la tecnología (Abdallah 1977a: 8). Cabe destacar que Abdallah pensaba —en consonancia con la heterodoxia imperante— que las necesidades básicas de los pobres podían entenderse mediante consultas y encuestas, que los deseos podían transmitirse con claridad e incorporarse al desarrollo a nivel macro, sin dejar de lado la preocupación por la legibilidad de los resultados del trabajo campesino (Abdallah 1977a, 1977b). No veía ninguna contradicción entre el crecimiento, el desarrollo, la satisfacción de las necesidades básicas y el florecimiento cultural.

Por el contrario, gran parte de la literatura crítica sobre ecología política y posdesarrollo se muestra esencialmente hostil hacia el desarrollo, la modernidad, la industrialización y la tecnología desarrollada en Occidente. Cabe destacar que, en este sentido, es la imagen reflejada de la literatura sobre el ecomodernismo, que considera la adopción de tecnología procedente de fuera del Tercer Mundo como algo incuestionablemente bueno: para ella, la adopción de tecnología es, en esencia, algo incuestionablemente malo. De hecho, parecen compartir la idea de que las personas no pueden tomar decisiones sociales y racionales sobre qué tecnología aceptar o rechazar y cómo hacerlo, ni que esas decisiones puedan cambiar a medida que las personas aprenden más sobre el mundo y esas tecnologías, ni que las facultades de la razón y la creatividad deban aplicarse a las decisiones sobre la tecnología.

Estas líneas de pensamiento, en consonancia con una amplia crítica árabe que Abdallah había ayudado a dar a luz —o incluso a gestar—, se cristalizaron en su afirmación de que los pueblos del Tercer Mundo tenían que «recuperar su creatividad e inventiva» y dejar de dar por sentado que «la tecnología ya había dicho su última palabra» —China, entonces, pero aún más ahora, es un ejemplo excelente de estas recomendaciones cuando se plasman en la planificación del desarrollo aplicado (Abdallah 1977a: 8).

Del mismo modo, en un estudio sobre el cambio tecnológico y el desarrollo, Souhail se mostró en desacuerdo con quienes hacían demasiado hincapié en las tecnologías apropiadas, aceptaban sin crítica alguna la transferencia de tecnología e incluso cuestionaban en cierta medida la noción de tecnologías «combinadas» por su falta de atención a las cuestiones de clase. Abogó por una noción radicalmente diferente de la tecnología, puesta al servicio de una vía única de industrialización soberana y liberación nacional del Tercer Mundo, en particular una que combinara las denominadas tecnologías tradicionales y modernas —un pilar de la experiencia de desarrollo china que había marcado el pensamiento árabe sobre el desarrollo (Ajl 2021, 2025a).

Su argumento era a favor de la modernidad y de la ciencia, al tiempo que se distanciaba deliberadamente de las aplicaciones limitadas, imperialistas, coloniales y capitalistas del método científico. Tal y como escribió: «La ciencia en general, como conjunto de conocimientos con un objeto y un método, no puede reducirse a la aplicación restrictiva de sus descubrimientos», argumentando que la acumulación histórica de conocimientos y hallazgos podría, «si se le da un buen uso, de acuerdo con otra racionalidad... abrir amplias perspectivas para el Tercer Mundo». Además, como dejó claro, la reformulación de la política científica y tecnológica y su papel en el desarrollo nacional-popular no se produciría mediante una ruptura milenarista, ni mediante la adopción de las tecnologías que solían utilizarse en la vía occidental de desarrollo, ni mediante un retorno anticuario al pasado, sino que partiría simplemente de la situación en la que se encontraba el Tercer Mundo. Sostuvo que su «salvación» no residía en una «ruptura», sino que se centraba más bien en cómo «diseñaría su proceso de desarrollo», lo que significaba separarse de Occidente y comprometerse con la «ciencia “prestada”». A su vez, esto suponía un giro hacia la «originalidad creativa», que acogería la «influencia externa» sin acabar sometiéndose a ella, logrando así la autonomía a través del desarrollo. Es mediante el redescubrimiento de su identidad por parte del no-Occidente, a través de la descolonización de la ciencia y la desoccidentalización de la tecnología, como la ciencia se convertiría en verdaderamente universal y alcanzaría su pleno potencial. Desde el punto de vista programático, esto significaba dominar la tecnología, organizarla y reorientarla, a través de una «apropiación social de la tecnología» orientada a las clases populares, que se basaba en la «voluntad política para el acto colectivo de apropiación social de la tecnología». Esto supondría, en definitiva, una capacidad nacional para la investigación y el desarrollo, así como para la ingeniería (Souhail 1985, 278-285). En este sentido, este método de apropiación social de la tecnología implicaba la creación de espacios nacionales para el desarrollo y la ingeniería —es decir, la industrialización nacional y la capacidad científica y de desarrollo—, lo que inevitablemente iría en contra de los intereses del centro. Por último, Souhail planteó la cuestión de una movilización colectiva y de base de clase con el fin de garantizar que este proceso siguiera siendo popular y redundara en beneficio de las clases populares.

La aceptación de la ingeniería y la ciencia —sin reducirlas a sus historias, ya que estaban entrelazadas con el capitalismo occidental— constituye un hilo conductor claro, en evidente contraste con la corriente posdesarrollista (Dowidar, 1973; ‘Alī, 1983; Abdallah, 1987). Un segundo aspecto, en consonancia con una amplia gama de literatura de la región árabe y de África Occidental, fue el impulso hacia un desarrollo a medida, único y adecuado, de nuevo en claro contraste con su casi total rechazo (Hountondji, 1987). Además, esto no significaba rechazar ni siquiera las tecnologías forjadas en Occidente durante su proceso de desarrollo violento y explotador. La ciencia se entendía como un acervo universal y la tecnología, como un legado compartido.

Conclusión

Este artículo ha analizado algunas controversias presentes en los debates actuales en torno a la cuestión ecológica, principalmente en el Norte, pero que, debido al poder abrumador de la producción académica del Norte, también

marcan el ritmo de gran parte del debate académico del Sur. Se ha argumentado que, aunque en algunos aspectos el decrecimiento y las corrientes afines de posdesarrollo o antidesarrollo parecen totalmente opuestas al ecomodernismo, en otros aspectos son paralelas entre sí: carecen de compromiso con la soberanía estatal del Tercer Mundo. Tienden a ignorar la historia del pensamiento desarrollista más liberador del Tercer Mundo. Y o bien se niegan a conceptualizar la industrialización del Tercer Mundo, o bien carecen de una perspectiva realista al respecto. Además, ninguna de ellas lleva a cabo un análisis de clase riguroso, y ambas carecen de una perspectiva realista sobre el imperialismo. De ello se deduce, pues, que se consideran mutuamente antagonistas, útiles en la medida en que hablan sin escucharse y, al mismo tiempo, no abordan suficientemente la estructura de clases en su totalidad en la periferia. Por último, ninguno de ellos cuenta con una perspectiva seria sobre el desarrollo nacional-popular de la periferia, ni ofrece herramientas suficientes para elaborar programas en este sentido.

En efecto, aunque cada perspectiva insinúa su capacidad universalista, ninguna de ellas ofrece una visión lo suficientemente amplia como para abordar la vastísima gama de problemas, que son necesariamente específicos de las diferentes formaciones sociales, pero que no excluyen la idea de un proyecto universal compartido. Por el contrario, este artículo ha revisado los trabajos fundamentales del Sur sobre la modernidad, el desarrollo, la industrialización y la tecnología. Ha puesto de manifiesto cómo los debates más destacados y sus raíces principales ocultan un debate más antiguo que, arraigado en los Estados, las instituciones y los movimientos de la periferia, respondía más directamente a los intereses de sus clases populares, tanto en la ciudad como en el campo. Defendían un enfoque de la modernidad y el desarrollo adaptado, elaborado de forma creativa y de carácter nacional, con el fin de despojarles de su provincialismo eurocéntrico y, de este modo, intentar hacerlos —aún más— universales.



Referencias:

- Abdalla, I. S. 1977a. Development and the International Order Selected Papers (No. 1210). Institute for National Planning.
- Abdalla, I.-S. 1977b. "Development Planning Reconsidered." In *Surveys for Development*, edited by J. Nossin, 151–65. Amsterdam: Elsevier.
- Abdallah, I.-S. 1987. "Al-tanmīyya al-mustaqla: Muḥāwala liṭaḥdīd maḥūm mujahal [Independent Development: An Attempt to Define an Unknown Concept]." In *Al-tanmīyya al-mustaqla Fi al-waṭan al-‘arabī [Independent Development in the Arab Nation]*, edited by N. Fergany, 25–56. Center for Arab Unity Studies.
- Acosta, A. 2013. "Extractivism and Neoextractivism: Two Sides of the Same Curse." *Beyond Development: Alternative Visions from Latin America* 1: 61–86.
- Ahmed, A. S. 1981. *Nord-Sud: Les enjeux: théorie et pratique du nouvel ordre économique international*. Publisud.
- Ajl, M. 2019. "Auto-Centered Development and Indigenous Technics: Slaheddine el-Amami and Tunisian Delinking." *Journal of Peasant Studies* 46 (6): 1240–63. <https://doi.org/10.1080/03066150.2018.1468320>.
- Ajl, M. 2021. "Delinking's Ecological Turn: The Hidden Legacy of Samir Amin." *Review of African Political Economy, Samir Amin and Beyond: Development, Dependence and Delinking in the Contemporary World* 48 (167): 82–101.
- Ajl, M. 2023. "Theories of Political Ecology: Monopoly Capital Against People and the Planet." *Agrarian South: Journal of Political Economy* 12 (1): 12–50. <https://doi.org/10.1177/22779760221145232>.
- Ajl, M. 2024a. "Palestine's Great Flood: Part I." *Agrarian South: Journal of Political Economy: A Triannual Journal of Agrarian South Network and CARES* 13 (1): 62–88. <https://doi.org/10.1177/22779760241228157>.
- Ajl, M. 2024b. "Palestine's Great Flood: Part II." *Agrarian South: Journal of Political Economy* 13 (2): 187–217. <https://doi.org/10.1177/22779760241253788>.
- Ajl, M. 2024c. *Dismantling Green Colonialism: Stages of a Just Transition? ROAPE*. <https://roape.net/2024/09/18/dismantling-green-colonialism-stages-of-a-just-transition/>.
- Ajl, M. 2025a. "Genealogies of Auto-Centered Development: The Afterlives of China in Arab Developmental Thought." In *Anti-Colonial Thought*, edited by A. Al-Hardan, and J. Go. Cambridge Univ Press.
- Ajl, M. 2025b. "Liberation, Ecology, and Industrialization in the Thought of Ismail- Sabri Abdallah." *Agrarian South: Journal of Political Economy* 14 (1): 139–67. <https://doi.org/10.1177/22779760251317271>.

- 'Alī, M. Ḥasan. 1983. *Shurakā' fī tashwīḥ al-tanmiyah: Dirāsah intiqādīyah li-taḥlīlāt al-munazzamāt al-dawlīyah li-iqāmat nasaq iqtisād dawli jadīd: (Ḥālat al-Yūnīdū)* [Partners in the distortion of development: An economic study of international organizations' analyses of the establishment of a new international economic system: (The case of UNIDO)]. *Dār al-Ṭalī'ah*. <https://search.worldcat.org/title/13702788>.
- Amin, S. 1977. *Unequal Development: An Essay on the Social Formations of Peripheral Capitalism*. Monthly Review Press.
- Amin, S. 1989. *Eurocentrism*. NYU Press.
- Brand, U., K. Dietz, and M. Lang. 2016. "Neo-Extractivism in Latin America: One Side of a New Phase of Global Capitalist Dynamics." *Ciencia Política* 11 (21): 125–59. <https://doi.org/10.15446/cp.v11n21.57551>.
- Declaration, C. 1974. "Declaration by UNCTAD/UNEP Expert Seminar. Cocoyoc, Mexico, UN General Assembly." *Development Dialogue* 2 (2): 88–96.
- Deere, C. D. 1976. "Rural Women's Subsistence Production in the Capitalist Periphery." *Review of Radical Political Economics* 8 (1): 9–17. <https://doi.org/10.1177/048661347600800102>.
- Doughty, H. 2024. *Wealth Drain and Value Transfer: A Study of the Mechanisms, Harms, and Beneficiaries of the Sanctions Regime on Iran*. Canada: Carleton University.
- Dowidar, M. 1973. *The Import Substitution Pattern: A Strategy of Growth within Dependency. The Possible Alternative Pattern of Development*. (No. ET/CS/2461/07). IDEP.
- Dunaway, W. A. 2013. "Conceptualizing Women's Subsides to Commodity Chains." In *Gendered Commodity Chains: Seeing Women's Work and Households in Global Production*, 55–71. Stanford University Press.
- Emmanuel, A. 1972. *Unequal Exchange*, Vol. 197. New York: Monthly Review Press.
- Escobar, A. 1995. *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton University Press.
- Escobar, A. 1996. "Constructing Nature Elements for a Poststructural Political Ecology." In *Liberation Ecologies*, edited by R. Peet, and Michael Watts, 46–68. Routledge.
- Escobar, A. 2020. *Territories of Difference: Place, Movements, Life, Redes*, edited by D. Rocheleau. Duke University Press.
- Estes, N. 2019. *Our History is the Future: Standing Rock Versus the Dakota Access Pipeline, and the Long Tradition of Indigenous Resistance*. Verso Books.
- Frame, M. L. 2022. *Ecological Imperialism, Development, and the Capitalist World-System: Cases from Africa and Asia*. Taylor and Francis.
- García Molinero, A., and A. Pedregal. 2024. "The Early Socio-ecological Dimensions of Tricontinental (1967–1971): A Sovereign Social Metabolism for the Third World." *Agrarian South: Journal of Political Economy*, <https://doi.org/10.1177/22779760241265565>.
- Gill, B. S. 2021. "A World in Reverse: The Political Ecology of Racial Capitalism." *Politics*. <https://doi.org/10.1177/0263395721994439>.
- Gill, B. 2024. "The Political Ecology of Colonial Capitalism: Race, Nature, and Accumulation." In *The Political Ecology of Colonial Capitalism*. Manchester University Press. <https://www.manchesterhive.com/display/9781526181367/9781526181367.xml>.
- Heron, K. 2022. *The Great Unfettering*. Sidecar. <http://newleftreview.org/sidecar/posts/the-great-unfettering>.
- Hickel, J., M. Hanbury Lemos, and F. Barbour. 2024. "Unequal Exchange of Labour in the World Economy." *Nature Communications* 15 (1): 6298. <https://doi.org/10.1038/s41467-024-49687-y>.
- Hinkelammert, F. J., and (With Princeton Theological Seminary Library). 2005. *Hacia una economía para la vida*. San José, Costa Rica: Asociación Departamento Ecueménico de Investigaciones. <http://archive.org/details/haciaunaeconomia00hink>.
- Hountondji, P. J. 1987. "On the Universality of Science and Technology." In *Technik und sozialer Wandel: Verhandlungen des 23. Deutschen Soziologentages in Hamburg 1986*, edited by B. Lutz, 382–9. Campus Verl.
- Huber, M. T. 2019. "Ecological Politics for the Working Class." *Catalyst: A Journal of Theory and Strategy* 3 (1).
- Huber, M. T. 2022. *Climate Change as Class War: Building Socialism on a Warming Planet*. Verso Books.
- Huber. 2025. *Of, By, and for the Left*. Damage. <https://damagemag.com/2025/11/12/whats-left-review/>.
- Jha, P., P. Yeros, and W. Chambati. 2020. "The Quest for Epistemic Sovereignty in the South." In *Rethinking the Social Sciences with Sam Moyo*, edited by P. Jha, P. Yeros, and W. Chambati, 1–26. Tulika Books.
- LaVenía, P. A. Jr., and L. A. Busk. 2024. "Degrowth or Class Struggle? A Critique of Matthew Huber's Climate Change as Class War." *Capitalism Nature Socialism* 35 (4): 40–61. <https://doi.org/10.1080/10455752.2024.2380846>.
- Leff, E. 1994. *Ecología Y Capital: Racionalidad Ambiental, Democracia Participativa Y Desarrollo Sustentable*. Siglo XXI.
- Lemos, M. H. 2025. *Open Veins: Drain from Latin America through Ecologically Unequal Exchange*. Harare, Zimbabwe: SMAIAS-ASN Summer School 2025.
- Levien, M. 2023. "White Energy Workers of the North, Unite? A Review of Huber's Climate Change as Class War." *Historical Materialism*. <https://www.historicalmaterialism.org/white-energy-workers-of-the-north-unite-a-review-of-hubers-climate-change-as-class-war/>.
- Maher, S., and J. K. McEvoy. 2023. "Between De-Growth and Eco-Modernism: Theorizing a Green Transition." *Critical Sociology* 49 (7–8): 1323–30. <https://doi.org/10.1177/08969205231177370>.
- Marini, R. M. 1973. *Dialéctica de la dependencia*. Ediciones Era.
- Martinho, T. D. 2023. "Amílcar Cabral: Agriculture, Technology and Colonialism." In *Portuguese Philosophy of Technology*, 43, edited by H. M. Jerónimo, 89–108. Springer.
- Matar, L., and A. Kadri. 2018. *Syria: From National Independence to Proxy War*. Springer.
- Mora, A., and G. Peinado. 2021. "Las ideas sobre el desarrollo en el pensamiento ambientalista latinoamericano." *Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña (HALAC)* 11 (1): 253–75. <https://doi.org/10.32991/2237-2717.2021v11i1.p253-275>.

- Moyo, S. 2011. "Three Decades of Agrarian Reform in Zimbabwe." *Journal of Peasant Studies* 38 (3): 493–531. <https://doi.org/10.1080/03066150.2011.583642>.
- Moyo, S., P. Jha, and P. Yeros. 2013. "The Classical Agrarian Question: Myth, Reality and Relevance Today." *Agrarian South: Journal of Political Economy* 2 (1): 93–119. <https://doi.org/10.1177/2277976013477224>.
- Mullin, C. 2023. "The 'War on Terror' as Primitive Accumulation in Tunisia: US-Led Imperialism and the Post-2010-2011 Revolt/Security Conjunction." *Middle East Critique* 32 (2): 167–93. <https://doi.org/10.1080/19436149.2023.2199481>.
- Nabolsy, Z. 2019. "Amílcar Cabral's Modernist Philosophy of Culture and Cultural Liberation." *Journal of African Cultural Studies* 32 (2): 1–20. <https://doi.org/10.1080/13696815.2019.1624155>.
- Nemchenok, V. V. 2013. *A Dialogue of Power: Development, Global Civil Society, and the Third World Challenge to International Order, 1969–1981*. University of Virginia.
- Nott, L. 2025a. "Can the Philosopher Change the World? the Enduring Relevance of Anticolonial Marxism in an Era of Decoloniality." *Antipode*. anti.70079 <https://doi.org/10.1111/anti.70079>.
- Nott, L. 2025b. *Internationalism with national-popular Characteristics: The Politics of Food and Sovereignty in the Afro-Asian Peoples' Solidarity Organization*. Harare, Zimbabwe: SMAIAS-ASN Summer School 2025.
- Ossome, L., and S. Naidu. 2021. "The Agrarian Question of Gendered Labour." In *Labour Questions in the Global South*, edited by P. Jha, W. Chambati, and L. Ossome, 63–86. Springer Berlin Heidelberg.
- Patnaik, P. 2025. "The Free Trade Argument and Development Strategy." *Agrarian South: Journal of Political Economy* 14 (1): 14–25. <https://doi.org/10.1177/22779760241312062>.
- Patnaik, U., and P. Patnaik. 2021. *Capital and Imperialism: Theory, History, and the Present*. Monthly Review Press.
- Peet, R., and E. Hartwick. 2015. *Theories of Development, Third Edition: Contentions, Arguments, Alternatives*. Guilford Publications.
- Perry, K. K. 2025. "Unsettling the Plantation 'Babylon' System: Humanness Beyond Disaster, Reparative Ecologies and Caribbean Freedom." *The CLR James Journal*. https://www.academia.edu/download/121348613/clrjames_Perry.pdf.
- Prasad, A. 2019. "Towards a Conception of Socially Useful Nature." *Economic and Political Weekly* 54 (37): 41.
- Prasad, A. 2020. "Ecological Crisis, Global Capital and the Reinvention of Nature." In *Rethinking the Social Sciences with Sam Moyo*, edited by P. Jha, P. Yeros, and W. Chambati, 180–97. Tulika Books.
- Prasad, A. 2026. "Metabolic Rifts' and Contemporary Agrarian Transitions Some Notes on the Current Debate." In *Land, Labour, and Agriculture in the Global South*, edited by M. Kumar.
- Rignall, K. E. 2021. *An Elusive Common: Land, Politics, and Agrarian Rurality in a Moroccan Oasis*. Cornell University Press.
- Souhail, M. 1985. *Quelles technologies pour le tiers-monde? Pour quel développement? Les Editions Maghrébines*.
- Svampa, M. 2012. "Resource Extractivism and Alternatives: Latin American Perspectives on Development." *Journal Fur Entwicklungspolitik* 28 (3): 43–73. <https://doi.org/10.20446/jep-2414-3197-28-3-43>.
- Svampa, M. 2015. "Commodities Consensus: Neoextractivism and Enclosure of the Commons in Latin America." *South Atlantic Quarterly* 114 (1): 65–82. <https://doi.org/10.1215/00382876-2831290>.
- Svampa, M. 2019. *Neo-Extractivism in Latin America: Socio-Environmental Conflicts, the Territorial Turn, and New Political Narratives*. Cambridge University Press.
- Tilley, L. 2024. "Horizons of Liberation: Materialism, Ecology, and the Colonial Question." *Interventions*: 1–19. <https://doi.org/10.1080/1369801X.2024.2400352>.
- Tilley, L., and M. Ajl. 2023. "Eco-Socialism will be Anti-eugenic or it will be Nothing: Towards Equal Exchange and the End of Population." *Politics* 43 (2): 201–218. <https://doi.org/10.1177/02633957221075323>.
- Tornel, C., and A. Dunlap. 2025. "Towards a Pluriverse of Transitions: An Editorial Introduction to Anti-colonial and Insurrectional Energy Transformations." *Human Geography* 18 (2): 129–45. <https://doi.org/10.1177/19427786251341674>.
- Yeros, P. 2023. "Generalized Semiproletarianization in Africa." *The Indian Economic Journal* 71 (1): 162–86. <https://doi.org/10.1177/00194662221146639>.

Vínculos relacionados:

- La Alianza Global Jus Semper
- Kai Heron, Alejandro Pedregal y Nemanja Lukić: [Por una Modernidad Ecológica Antiimperialista](#)
- Alejandro Pedregal y Nemanja Lukić: [Del Imperialismo al Imperialismo Verde: Herramientas del Análisis de Sistemas-Mundo Ante la Gran Crisis Ecosocial](#)
- John Bellamy Foster y Alejandro Pedregal: [El Retorno de la Naturaleza y la Ecología de Marx](#)
- A. García Molinero y A. Pedregal: [Las Dimensiones Socioecológicas Tempranas de Tricontinental \(1967-1971\): Un Metabolismo Social Soberano para el Tercer Mundo](#)
- John Bellamy Foster, Hannah Holleman y Brett Clark: [Imperialismo en el Antropoceno](#)
- John Bellamy Foster: [Socialismo y Supervivencia Ecológica: Una Introducción](#)
- Brian M. Napoletano: [El Socialismo de la Mitad de la Tierra y el Sendero Más Allá del Capital](#)
- J. Hickel, y D. Sullivan: [¿Cuánto crecimiento se necesita para lograr una buena vida para todos? Percepciones a partir de un análisis basado en las necesidades](#)
- J. Hickel, M. H. Lemos, y F. Barbour: [El intercambio desigual del trabajo en la economía mundial](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Los Delirios Fraudulentos del Capitalismo Verde](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Geocracia, el paradigma que va en pos del bienestar de la gente y el planeta y no del mercado](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [La Insoportable Falta de Conciencia de Nuestra Crisis Ecológica Existencial](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Transitando a Geocracia — Paradigma de la Gente y el Planeta y No el Mercado — Primeros Pasos](#)
- Álvaro de Regil Castilla y Laura G. Vales: [«Geocracia propone establecer un contrato social con nuestro planeta»](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Decrecimiento y florecimiento, o seguir igual y perecer en el trayecto](#)
- Chris Gilbert, Cira Pascual Marquina y João Pedro Stedile: [Tierra, Cooperación y Socialismo](#)
- Chris Gilbert y Cira Pascual Marquina: [Una edición especial sobre las comunas en la construcción socialista](#)
- Chris Gilbert: [Las Comunas Socialistas y el Antiimperialismo: El Enfoque Marxista](#)
- Claudio Jedlicki: [El Intercambio Desigual](#)

❖ **Acerca de Jus Semper:** La Alianza Global Jus Semper aspira a contribuir a alcanzar un etos sostenible de justicia social en el mundo, donde todas las comunidades vivan en ámbitos verdaderamente democráticos que brinden el pleno disfrute de los derechos humanos y de normas de vida sostenibles conforme a la dignidad humana. Para ello, coadyuva a la liberalización de las instituciones democráticas de la sociedad que han sido secuestradas por los dueños del mercado. Con ese propósito, se dedica a la investigación y análisis para provocar la toma de conciencia y el pensamiento crítico que generen las ideas para la visión transformadora que dé forma al paradigma verdaderamente democrático y sostenible de la Gente y el Planeta y NO del mercado.

❖ **Sobre este artículo:** Este artículo se publicó originalmente en la revista [journaloflaborandsociety28\(2025\) 588–612](https://doi.org/10.1163/24714607-bja10208). Publicado con licencia de Koninklijke Brill bv | doi:10.1163/24714607-bja10208 © maxajl, 2025. | |issn: 2667-3657(print) 2471-4607(online). Publicado en línea el 9 de diciembre de 2025. **Este es un artículo de acceso abierto** distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Attribution 4.0 (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>), que permite cualquier uso, reproducción y distribución de la obra sin necesidad de permiso adicional, siempre que se cite al editor original. **Agradecimientos:** Gracias a Zeyad el Nabolsy por sus comentarios. Gracias a Ndongo Samba Sylla por este ejemplo. Gracias a Paris Yeros por el debate sobre este tema.

❖ **Sobre el autor: Max All:** MECAM-Universidad de Túnez, Túnez, Túnez; Conflict and Development, Universidad de Gante, Gante, Bélgica; y OSAE, Túnez, Túnez. Autor correspondiente: max.ajl@gmail.com



❖ **Citar este artículo como: Max All** — Divertimentos Ecológicos: una Crítica a la Crítica del Ecomodernismo — La Alianza Global Jus Semper, agosto 2026. Este documento ha sido publicado bajo Creative Commons, CC-BY 4.0. Puede reproducirse para Compartir – copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato para cualquier propósito, incluso comercialmente. Adaptar — remezclar, transformar y construir a partir del material para cualquier propósito, incluso comercialmente. Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

❖ **Etiquetas:** Democracia, Capitalismo, decrecimiento, ecología, eco-modernismo, extractivismo, imperialismo, ecología política, desarrollo desigual.

❖ La responsabilidad por las opiniones expresadas en los trabajos firmados descansa exclusivamente en su(s) autor(es), y su publicación no representa un respaldo por parte de La Alianza Global Jus Semper a dichas opiniones.



Bajo licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.
<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

2026. La Alianza Global Jus Semper - Boletín Jus Semper, (ISSN: 3071-6012)
Portal en red: https://www.jussemper.org/Inicio/Index_castellano.html